

El sábado siguiente estando el Hijo de Dios en Cafarnaun, se fué á la sinagoga; no se puede decir con qué admiración fué oído, porque dice san Márcos enseñaba como un hombre que tiene autoridad sobre los demás, y no como un mero doctor: hablaba Jesus como maestro; y cuando todos le estaban oyendo como á un oráculo, un hombre poseido del demonio vino á la puerta, y se puso á gritar: ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesus de Nazaret? ¿Has venido á destruirnos? Sé que tú eres el Santo de Dios, sé que eres el Mesías; déjanos en paz. Amenazóle Jesus, y le dixo: Calla, y sal de ese hombre; á esta voz arrojó el demonio al energúmeno en medio de la asamblea, y salió de su cuerpo sin hacerle mal. Habiendo sido testigo de este milagro toda la ciudad, bien presto se extendió la fama por todo el país.

§. XIX.

Otros milagros de Jesucristo.

Alcada paso se veía un nuevo milagro: al salir de la sinagoga, Jesus entró en la casa de Simon Pedro; encontró á su suegra enferma de peligro, y de repente la dió una salud tan perfecta, que se levantó y le sirvió á la mesa. Por la tarde, luego que hubo pasado la solemnidad del sábado, se vió á la puerta de la casa un número prodigioso de enfermos y de endemoniados que habian ido de los alrededores á buscar en él el alivio de sus miserias: les impone Jesus las manos á todos, y todos se vuelven á sus casas perfectamente sanos. El día siguiente al amanecer, habiéndose retirado solo á un lugar desierto, le avisaron sus discípulos que una infinidad de gentes le buscaban para tener el consuelo de verle y oírle. En efecto, vió llegar al instante aquella muchedumbre hambrienta de su palabra, les consoló y les instruyó; y despidiéndoles despues, les dixo: que no habiendo sido enviado para un pueblo solo, era preciso que fuese á anunciar á otros muchos el reino de Dios; es decir, la nueva ley, y los caminos de la salvacion. Habiendo dexado á Cafarnaun, corrió la Galilea predicando, curando enfermos,

resucitando muertos, librando energúmenos, haciendo bien en todos los parages por donde pasaba, y llevando en todas partes el carácter de Hijo de Dios y del Mesías.

Á su vuelta, habiendo llegado junto al lago de Genesaret, se vió de tal modo oprimido por el tropel de gente que le seguía, que le fue preciso entrar en la barca de Simon Pedro, desde donde se puso á enseñar al pueblo: y habiéndole despedido, dixo á Pedro que hiciese andar la barca á un parage mas profundo, y que tendiese las redes para pescar: Ah Señor! le respondió Pedro, toda la noche nos hemos fatigado sin haber cogido nada; pero pues vos lo mandais echaré la red. Habiéndolo hecho así, cogieron una cantidad tan grande de peces, que se rompía la red; y fue menester que los que estaban en la otra barca fuesen á ayudarles; jamás habian hecho pesca tan abundante: llenaron de ella las dos barcas, de modo, que entrámbas casi se iban á fondo. Atónito Pedro de esta maravilla, se arroja á los pies de Jesus, y sobrecogido de un transporte de amor, de humildad y de respeto, exclama: *Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador, y tú eres el Santo de Dios, el todopoderoso, el árbitro de toda la naturaleza* (Luc. 5.). Embesado Jesus de este sentimiento afectuoso de humildad, le dice: No temas; pues, como ya te he dicho, lo que cogerás de hoy en mas no serán peces sino hombres, y esta pesca, de que la de ahora no es sino una figura, será toda milagrosa: todos los que han venido antes de mí han trabajado en vano toda la noche; solo tú, y los que yo enviaré, tendrán poder para ganar para Dios todo el mundo. De este modo formaba el Salvador á su discípulo para hacerle cabeza visible de su Iglesia, de la que aquella barca y aquella pesca eran figura; y quizá por lo mismo, dice el Evangelista, que aquella barca era de Pedro, sin hacer mencion de su hermano Andres, como tampoco de Jacobo, ni de Juan sus compañeros.

Pocos dias despues, habiendo visto un leproso al Salvador, se postró delante de él, diciendo: Señor, vos podéis librarme de mi lepra solo con que queráis. Yo lo quiero, respondió el Salvador, sin aguardar á que le suplicase por mas tiempo: yo lo quiero, límpiate de ella

y en el mismo instante quedó todo su cuerpo sin la menor mácula.

Habiendo vuelto Jesus á Cafarnaun, no bien se habia sabido su llegada, cuando toda la casa se llenó de gente; entre otros habia muchos fariseos y doctores de la ley que habian ido á Jerusalem por oírle. Apenas habia empezado á hablar, cuando se vió puesto á sus pies un paralítico, al cual le llevaban cuatro hombres; los que no habiendo podido romper por entre la muchedumbre, les habia ocurrido subirle á lo alto de la casa sobre el tejado, y baxarle por el techo, juntamente con la camilla en que estaba tendido: admirado Jesus de la fe de aquellos hombres, le dixo al paralítico: *Hijo, tus pecados te son perdonados (Luc. 5.)*. Al oír esto los escribas y fariseos que estaban presentes, se escandalizaron. Este hombre blasfema, decian dentro de sí mismos; porque ¿quien puede perdonar los pecados sino solo Dios? Jesus, que veía claramente sus pensamientos, les dixo: Para haceros ver por la curacion de este paralítico que tengo poder para perdonar pecados, y que me es tan fácil decir, Tus pecados te son perdonados, como decir á un paralítico de todo el cuerpo, Levántate, y vete al instante; para que sepais que tengo este poder, el que verdaderamente es propio y privativo de solo Dios como vosotros lo pensais, digo al paralítico: *Levántate, yo te lo digo; toma tu lecho, y vete á tu casa*. Dicho esto, levántase el paralítico, pónese el lecho sobre sus hombros, y se va á su casa publicando las grandezas de Dios, y dándole mil gracias. Al ver esto quedáron atónitos todos los circunstantes, y cada cual por su parte exclamaba: Un hombre que puede perdonar los pecados, y que para prueba de este poder cura á nuestra vista á un paralítico, no puede menos de ser Cristo hijo de Dios. Este milagro no se publicó solamente en la comarca: la fama de él bien presto se esparció por toda la Siria; de modo, que de todas partes venian las gentes en tropas á ver y á oír á Jesus.

Aumentándose la mies, fue menester aumentar el número de los operarios. Mateo, por sobrenombre Leví, era un publicano, esto es, un receptor ó comisionado para la cobranza de los impuestos cargados sobre los judíos por

los romanos; profesion muy infame en toda la Judea. Habiéndole visto el Salvador sentado á la mesa del despacho, le dixo que le siguiera. Levántase al instante Mateo, dexa su empleo á sus subalternos, abandónalo todo por seguir á Jesucristo; y para hacer mas pública su conversion, le ruega vaya á comer á su casa. Todo es leccion, todo es misterio, como diximos ya, en la vida de Jesucristo: este divino Salvador, para hacer ver que habia venido singularmente para los pecadores, acepta el convite, come en casa de su nuevo discípulo, y quiere que sea en compañía de muchos publicanos. Los fariseos no dexáron de escandalizarse de esto: habíalo previsto Jesus, y como murmurasen de ello, en voz bastante alta, les dixo: que los que estaban buenos no necesitaban de médicos, que los que le necesitaban eran los enfermos; y así añadió: Sabed que no son los justos á quienes yo he venido á buscar, sino á los pecadores para la penitencia: *Non veni vocari justos, sed peccatores ad penitentiam (Luc. 5.)*.

Aumentábase y crecia todos los dias la opinion y fama del Salvador: en todas partes se hablaba con admiracion de la santidad de su vida, de la prudencia de sus respuestas, de la pureza y sublime espiritualidad de su doctrina, de lo estupendo de sus milagros; y todo el mundo confesaba que así como el sol al mediodía hace desaparecer todos los demas astros, así la santidad y los prodigios de Jesucristo obscurecian y dissipaban todo cuanto se habia visto de prodigioso y extraordinario ántes de él. Pero lo que hacia la admiracion de todo el mundo, ocasionaba zelos, é irritaba la bilis de los sacerdotes, de los escribas y fariseos: esta raza de vívoras, como los llama el Salvador (*Matth. 23.*), austeros, modestos y aun religiosos á los ojos de los hombres, y en el fondo soberbios, llenos de hipocresía y de iniquidad, no podian ver sin despecho la distincion tan visible que habia entre la santidad pasmosa de la vida de Jesus, y la disolucion é irregularidad de la de ellos. Como el pueblo tocaba esta diferencia, los miraba con el mayor desprecio; y ellos ponian el mayor estudio en ver cómo hallar algun pretexto para desacreditar á Jesucristo en la opinion del pueblo. Un nuevo milagro que hizo



el Salvador un sábado les pareció una bella ocasion para exhalar su bilis, y desacreditarle.

§. XX.

La curacion del paralítico.

Habiendo ido Jesucristo á Jerusalem para la fiesta de pascua (era esta la segunda despues de su predicacion), entró donde estaba la piscina: era ésta un depósito de agua cerca del átrio del templo, donde asistian siempre una infinidad de enfermos, que aguardaban que el ángel del Señor moviese el agua, porque el primero que baxaba á la piscina inmediatamente despues que el ángel hubiese movido el agua, curaba al mismo instante de cualquiera enfermedad que tuviese. Habia allí un paralítico, que despues de treinta y ocho años que habia esperado para ver si podia entrar el primero en la piscina, no habia encontrado hasta entonces una mano caritativa que le hiciese este servicio. Viéndole Jesus, tuvo compasion de él, y le dixo: Levántate, toma tu camilla, y vete: el hombre se levanta al punto; y tomando su camilla, se pone á andar. Como aquel dia era sábado empezaron á gritar muchos contra la pretendida transgresion del precepto; pero él les respondió: que el que le habia curado se lo habia mandado. No fue menester mas para hacer reo al Salvador, é imputarle á pecado un milagro que probaba tan visiblemente su santidad y su omnipotencia: los fariseos sobre todo, exasperados de ver que el Salvador en toda ocasion les quitaba la mascarilla, y les mostraba tales cuales eran, se alborotaron, y dixéron á voces, que aquel que hace un milagro en sábado quebranta el precepto, y que el que quebranta el precepto de la ley, no puede ser amado de Dios. El Salvador hizo palpable la contradiccion de este razonamiento, haciendo ver que Dios no puede aprobar con milagros la transgresion de la ley; pero bien presto se le ofreció ocasion de confundir todavía mas sensiblemente la malignidad de aquellos injustos censores. Habiendo entrado un sábado en la sinagoga, se le pre-

sentó un hombre que tenia una mano seca y perlática: los escribas y fariseos estaban aguardando á ver si en el dia sábado se atrevia el Señor á curar á este enfermo. Viendo Jesus lo que pensaban en su interior, le dixo al hombre que se acercara; y encarándose á aquellos malignos censores, les preguntó si era permitido curar en dia de sábado. No atreviéndose ninguno á responder, les dixo Jesus: ¿ Quien hay entre vosotros que si una oveja suya cae en un hoyo no la saque en dia de sábado? ¿ Como, pues, os atreveis á decir que en semejante dia no es lícito hacer bien al próximo? Dicho esto, haciendo que aquel hombre se acercara, le dixo: Alarga esa mano; y habiéndola alargado, quedó tan sana como la ótra.

Estando en la sinagoga otro sábado, vió á una muger á quien el espíritu maligno tenia tan inclinada diez y ocho años habia, que no podia ni aun levantar la cabeza: habiéndola hecho acercar Jesus, la dixo: Muger, estás libre de tu enfermedad, y en el mismo instante quedó derecha como ántes. Indignado el príncipe de la sinagoga de que Jesus hubiese hecho esta curacion en sábado, dixo al pueblo con un tono áspero y duro: Seis dias hay en la semana para el trabajo, venid en estos dias á curaros, y no en sábado, en cuyo dia está prohibida toda obra servil. El Salvador todavía mas indignado al oír una advertencia tan importuna, se encaró con él, y le dixo: Hipócrita: ¿ quien de vosotros no saca del establo su buey y su jumento, y los lleva á beber en dia de sábado? ¿ Y esta hija de Abrahan, á la que, como ves, Satanás tenia ligada diez y ocho años, todavía no debia ser desatada en dia de fiesta? Este discurso, dice el Evangelista, hizo salir los colores y abochornar á todos sus enemigos, al mismo tiempo que todo el pueblo manifestaba su gozo, y publicaba con admiracion las maravillas del Salvador.

Con motivo de estos milagros dixo positivamente Jesus era el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre (*Joan. 5.*): " El hijo, dixo en presencia de toda la sinagoga, nada puede hacer por sí mismo, no hace sino lo que le ve hacer á su Padre; y todo cuanto hace su Padre, lo hace tambien él; juzgad si lo que hace el hijo puede ser reprehensible. Sabed que el Padre ama al hijo, que le comunica todas las cosas que hace él mismo, y le comuni-

»nicará otras mayores para que vosotros lo admireis; por-
 »que así como el Padre resucita los muertos, y les da la
 »vida, así tambien el hijo da la vida á quien quiere: el
 »Padre no juzga á nadie, sino que le da al hijo facultad
 »para juzgarlo todo, á fin que todos honren al hijo co-
 »mo honran al Padre; y así el que no honra al hijo, tam-
 »poco honra al Padre que le envió. En verdad os digo, que
 »el que oye mi palabra, y cree á aquel que me envió, tie-
 »ne la vida eterna, y no será condenado, sino que pasará
 »de la muerte á la vida. Viene el tiempo, y ya ha veni-
 »do en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y
 »los que le oyeren, vivirán: (habla aquí el Salvador de la
 »conversion de los pecadores y de los gentiles) porque
 »así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así ha da-
 »do al hijo el tener la vida en sí mismo. No os admireis
 »de esto, porque se llega el tiempo en que todos los que
 »están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios; y los
 »que hubieren hecho buenas obras, resucitarán para vivir:
 »así como los que hubieren hecho malas, resucitarán
 »tambien, pero será para ser condenados á muerte. Por
 »lo demas, si yo solamente doy testimonio de mí, mi
 »testimonio podria no pareceros legítimo; pero hay otro
 »que da tambien testimonio de mí, y sé yo que dice ver-
 »dad. Vosotros enviásteis á Juan, y él dió un testimonio
 »verdadero; sin embargo, yo no busco prestado del hom-
 »bre el testimonio: tengo un testimonio superior al de
 »Juan, fuera de que las obras que hago testifican bastan-
 »te que soy enviado del Padre: el mismo Padre que me
 »envió, dió por sí mismo testimonio de mí. Leed atenta-
 »mente las escrituras, y halláreis que todo lo que han di-
 »cho del Mesías, se cumple en mí: no penseis que sea yo
 »quien deba acusaros delante de mi Padre; teneis otro acu-
 »sador, este es el mismo Moyses en quien esperais; por-
 »que si creyéseis á Moyses, quizá me creeríais tambien á
 »mí; pues de mí fué de quien escribió todo lo que leéis.

» Os escandalizais porque he curado á los enfermos en
 »sábado, y porque mis discípulos, acosados del hambre,
 »arrancan un dia de sábado cuatro espigas, las desgra-
 »nan, y frotan en sus manos para encontrar en sus gra-
 »nos un ligero alimento; (*Matth. 21. et Marc. 2.*). ¿No
 »habeis leído que David, cuando tuvo hambre, comió de

» los panes que habian sido ofrecidos al Señor, aunque es-
 »to no era permitido á los legos? ¿ Los mismos sacerdotes
 » y los demas ministros del templo no violan el descanso
 » del sábado en las diversas funciones de su ministerio? Si
 » la ley, pues, que prohíbe todo trabajo en este dia no
 » habla con los sacerdotes que están ocupados en el ser-
 » vicio del templo, ménos hablará aún con mis discípu-
 » los, á quienes la necesidad de seguirme, y su aplicacion
 » á las funciones evangélicas estorban el que hagan pre-
 » vencion para tener que comer el sábado. Ciertamente que
 » yo soy mucho mas que el templo: sabed que soy el Se-
 » ñor de la ley del sábado, y que puedo dispensar de élla
 » del mismo modo que mi Padre dispensa.”

S. XXI.

Elige Jesucristo á los doce apóstoles.

A la verdad, no parece podia Jesucristo declarar mas
 positivamente y en términos mas claros que era el Mesías
 prometido, que era el Hijo de Dios, que era Dios, que era
 igual en todo á Dios su Padre, ni probarlo mas invencible-
 mente que haciendo tan estupendos milagros en confirma-
 cion de esta gran verdad: comprendiólo bastantemente
 toda la gente; pero esta gran verdad no hizo el mismo efecto
 en el espíritu de todos: los fariseos, los sacerdotes y los doc-
 tores de la ley, preocupados siempre con su falsa idea del
 Mesías, en lugar de reconocer al Mesías en la persona de Je-
 sucristo, salieron del congreso mas irritados que nunca con-
 tra él; y entregado desde entónces á sus pasiones de odio y
 de envidia, juraron que le habian de perder. Conocien-
 do el Hijo de Dios su mala voluntad, se retiró hácia el
 mar de Tiberíades, acompañado de una infinidad de en-
 fermos, á todos los cuales sanó inmediatamente (*Luc. 6.*):
 despues se retiró solo con sus discípulos á lo alto del mon-
 te, y escogió doce de entre ellos, á los que dió el nom-
 bre de apóstoles, que quiere decir enviados ú delegados;
 porque los destinaba á predicar su evangelio por todo el
 mundo, y para que le llevasen á todas las naciones de la
 tierra.

Estos doce primeros ministros, por decirlo así de Je-

sucristo, de los cuales Pedro era la cabeza: *Princeps apostolorum*; fueron Simon, por sobrenombre Pedro, Andrés, su hermano, Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, Felipe y Bartolomé, el que se cree ser Natanael, Tomás y Mateo, Jacobo, hijo de Alfeo, y Júdas su hermano, llamado Tadeo, Simon el Cananeo, y Júdas Iscariotes, que despues vendió y entregó al Salvador. Estos fueron los primeros oficiales que escogió Jesus para conquistarle todo el universo, y para ser las columnas inconstables de la Iglesia y la luz del mundo: todos gente grosera, tímidos, ignorantes, de un entendimiento rudo, de un corazon floxo, y todo material: gente pobre, sin educacion, sin letras, sin nombre; todos gente sacada de la hez del pueblo. Y estos hombres tan despreciables, tan pobres, tan ignorantes convirtieron todas las naciones á la fe, le conquistaron á Jesucristo toda la Grecia, todo el imperio romano, todo el universo; é hicieron todas estas maravillas en el solo nombre de Jesucristo, sin armas, sin socorros, sin apoyo, sin salir jamás de su estado humilde, pobre y abatido; todo esto predicando una doctrina superior á todas las luces de la razon, una moral enteramente opuesta á las inclinaciones naturales del corazon humano, enemiga de los sentidos, y contraria en todo á los deseos del amor propio. Imaginad si puede haber una prueba mas clara, mas convincente, mas irrefragable, mas concluyente de la divinidad de Jesucristo, y de la verdad de la religion cristiana.

Al baxar el Salvador de lo alto del monte con sus apóstoles y muchos de sus discípulos, uno de ellos le pidió le permitiese ir á dar sepultura á su padre; esto es, ir á asistirle en su vejez, y hacerle en su muerte las últimas exequias; pero Jesus le respondió: *Sígueme, y dexa á los muertos que entierren á sus muertos; y tú ve á anunciar el reyno de Dios (Luc 9.)*. Por el término muertos, entendia el Salvador en un sentido figurado las gentes del siglo: bella leccion para las personas religiosas que todavía están presas con los lazos de la carne y de la sangre; pero la que se sigue no es ménos instructiva. Habiéndole dicho uno de sus discípulos: Señor, yo os seguiré, pero permitidme que me deshaga antes de lo que hay en mi casa, le respondió Jesus: *Ningun hombre que echa la ma-*

no al arado y mira atrás, es apto para el reyno de Dios; queriendo dar á entender con esto que para seguirle verdaderamente es necesario olvidar todo lo que se era, y todo lo que se tenia en el mundo.

Habiendo llegado el Salvador á la falda del monte, curó todos los enfermos que le aguardaban en el llano á vista de la infinidad de gentes que se habian juntado. Como uno de sus mayores cuidados era instruir y formar á los que debian ser la luz del mundo y la sal de la tierra, habiendo despedido toda aquella multitud, se retiró Jesus con sus apóstoles y discípulos á un sitio de aquella campiña: sentado allí sobre un montecillo, y habiéndoles hecho sentar alrededor de sí, les descubrió los tesoros de la ciencia de la salvacion, y toda la santidad de su doctrina: empezó por enseñarles en qué consiste la verdadera felicidad, aun en esta vida; sabiendo muy bien que la inclinacion mas natural del hombre es querer ser feliz.

§. XXII.

Anuncia Jesucristo las bienaventuranzas de este mundo hasta el número de ocho.

I Bienaventurados, les dixo, los pobres voluntarios; porque por este renunciar de todo, es de ellos el reyno de los cielos (*Matth. 5.*). 2. Bienaventurados los que son mansos con todo el mundo, los que lo sufren todo, y de todos con paciencia; porque ellos poseerán la tierra de los vivientes, de la que la tierra prometida no era sino figura. 3. Bienaventurados los que están en la afliccion, y se alimentan del pan de lágrimas; porque sus lágrimas se trocarán un dia en un manantial inagotable del mas dulce gozo. 4. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia; porque ciertamente serán plenamente hartos. 5. Bienaventurados los que se exercitan en obras de misericordia; porque se usará con ellos de una gran misericordia. 6. Bienaventurados los limpios de corazon; porque ellos verán á Dios, lo primero por la luz de una fe viva en este mundo, y lo segundo por la lumbre ó luz de gloria en el ótro. 7. Bienaventurados los pacíficos; por-

Tom. VI. E

que ellos gozarán de la paz del **corazon**, y Dios los tratará como á hijos suyos. 8. Bienaventurados, en fin, los que padecen persecucion por la **justicia**; porque de ellos es el reyno de los cielos (*Luc. 6.*). Sí, hijos míos muy amados, continúa el Salvador, **estad** persuadidos que nunca seréis mas dichosos que cuando seais maltratados de los hombres por mi amor. Siendo el mundo enemigo declarado del maestro, no lo será **ménos** de sus discípulos. Yo os lo digo, y vosotros lo **experimentaréis**; que todos los que querrán vivir **devotamente**, y segun el espíritu y las máximas de mi evangelio, **padecerán** persecucion.

La virtud, continuó el Salvador, será bien exercitada en el mundo: á las gentes de **bien** se las mirará como á unas personas inútiles é **incómodas**: serán despreciadas, no habrá quien se quiera **acompañar** con ellas, se las cargará de injurias: su modestia, su **humildad** pasarán por fatuidad, su recogimiento por **melancolía**, su paciencia por estupidez: serán el objeto de la **irrision** y de la **zumba**, se inventarán mil medios **para** desacreditarlas, se echará mano hasta de la calumnia **para** infamarlas; pero sabed que con tal que sean fieles **en** servirme, gustarán de unas dulzuras inefables en todos esos ejercicios amargos de paciencia, y en medio de **todas** esas injustas persecuciones: no habrá otros que **mis** fieles siervos, que sean verdaderamente felices sobre la **tierra**: las pesadumbres, los lloros, la desesperacion y la **eterna** ignominia son y serán siempre las compañeras **inseparables** de los mundanos, Despues de esto, levantando la **voz**, dixo: ¡Ay de vosotros ricos del mundo, dichosos **del** siglo, gentes de comodidades y de placeres! porque **despues** de un puñado de dias pasados en un gozo falso, **inquieta**, superficial, no podeis esperar sino una eternidad **de** desdichas.

Hasta aquí habia hablado el Salvador para todos en general; ahora dirigiéndose á sus **apóstoles** y discípulos en particular, les dice: Vosotros, **á** quienes yo puedo llamar mis amigos, sabed que sois la **sal** de la tierra, y la luz del mundo. El doctor debe **preservar** los pueblos de la corrupcion de las costumbres: ¡qué **infelicidad**, si él mismo llega á corromperse! Debe **alumbrar**: ¡qué infelicidad, si esta luz padece algún eclipse! Vosotros no me habeis escogido á mí; yo soy quien os ha **sacado** á vosotros de entre la

muchedumbre, y quien os ha destinado para que vayais á hacer fruto, y un fruto que sea de una duracion eterna (*Joan. 15.*). Por lo demas, si el mundo os aborrece, sabed que primero me ha aborrecido á mí: si vosotros fuéseis del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, por eso os aborrece el mundo. El criado no es mayor que su señor: si los del mundo me han perseguido á mí, ¿os perdonarán á vosotros?

Quiero preveniros lo que os ha de suceder: sereis perseguidos por mi amor de todos modos (*Luc. 21*): os prenderán, os maltratarán, os entregarán á las sinagogas, os pondrán en la carcel, os llevarán delante de los reyes y de los gobernadores por causa de mi nombre; esto sucederá para que me sirvais de testigos en todos los siglos; sin embargo, no temais ni cuideis de prevenir las respuestas que habeis de dar, porque yo os daré unas palabras y una sabiduría á que todos vuestros enemigos no podrán resistir, ni tendrán cosa que oponer: todas las potestades de la tierra y del infierno se desencadenarán contra vosotros: seréis entregados por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, por vuestros parientes, por vuestros amigos; y se imaginarán que hacen un gran servicio á Dios en quitaros la vida; sin embargo, estad seguros que no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza; yo los tengo contados, y cuidaré de vosotros. Os he querido prevenir todo esto, para que cuando os suceda, acordándoos de mi palabra, y estando seguros de mi ayuda, no os asusteis.

§. XXIII.

Resúmen de la moral cristiana.

Miéntas que el Salvador instruía así á sus apóstoles, el auditorio se habia aumentado considerablemente por el concurso de la gente que venia de todas partes en tropas á oír sus instrucciones; y así, dirigiéndose á todos los que le escuchaban, les dixo (*Matth. 5.*): No penseis que he venido á abolir la ley y las profecías: el cielo